

Texto: Germán Lázaro

Acerca de la música improvisada

A raíz del Festivalet

d'Hivern 2006 de música

improvisada, que tuvo lugar

el pasado diciembre en

Barcelona, dirigido por

Christopher Williams y

Guillermo Torres, y en

donde se vieron algunas

buenas cosas, el que esto

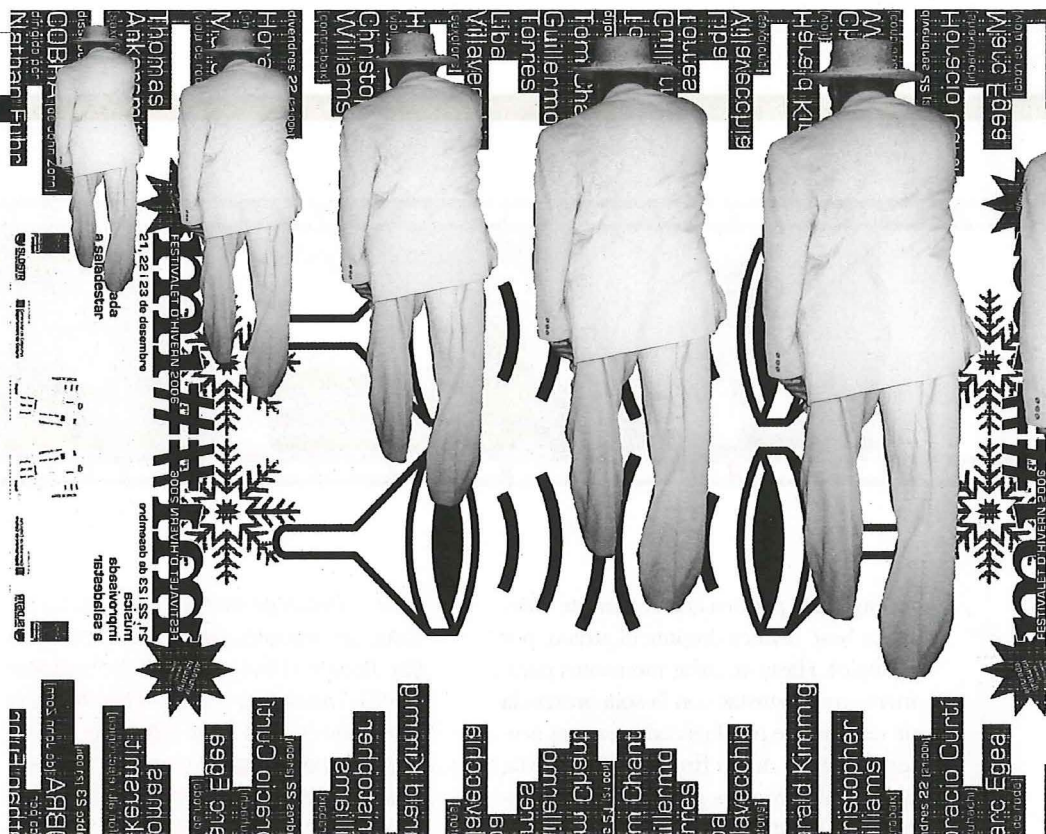
escribe aprovechó para

tratar de formular algunos

pensamientos alrededor de

la improvisación libre y de

adónde conduce.



La paradoja de la vanguardia

De entrada, y aunque esto no pretende ser una reseña, durante los tres días pudimos ver desde la alucinante zanfona de Marc Egea (que acaba de sacar un disco del que ya hablaremos), hasta un set demoledor del holandés Thomas Ankersmit, al sintetizador EMS A + saxo alto, y un Cobra final dirigido por Nathan Fuhr que reunió a buena parte de los músicos que habían participado más otros de la escena barcelonesa que se añadieron. Asimismo, pudimos ver a otros instrumentistas interesantes, como el saxofonista Liba Vilavecchia, el violonista Harald Kimmig o el contrabajista Christopher Williams. Como verán tuvimos tesituras de lo más variadas. El

denominador común fue eso que se da en llamar improvisación libre, y que tan de uñas pone a algunos. Digamos, rápidamente, que en esto, como en tantas otras cosas, hay que esperar y ver los resultados. Pero me gustaría llevar la reflexión, humilde y personal, un poco más allá.

Pensando en extraer algunas de las virtudes de la improvisación libre desde la perspectiva del receptor, una cosa que me vino a la cabeza fue las posibilidades de escucha abierta que brinda la música improvisada en sus formulaciones más radicales. El poder abstraer partes, un músico, un pasaje, un instrumento o varios, de entre todo lo que está transcurriendo, establece



una posibilidad creativa que músicas más acabadas, más *abrochadas*, no ofrecen. O, si lo hacen es de otro modo. Frente a música mejor trabada, cuyas partes encajan y se resuelven, la improvisación libre vendría a interpe-larnos de otra forma; con sus espacios, zonas muertas, e imperfecciones. A mí me gusta perderme, intentarlo al menos, en aquello que se me pueda revelar de más humano en cada músico. Si el tedio no hace acto de presencia, vamos a poder celebrar el temperamento de los músicos de un modo diáfano.

Hay otra cuestión que quisiera plantear brevemente, y es la de la novedad. El alemán Hermann Lübbe, un filósofo social neoconservador, planteó su “paradoja de la vanguardia” que había extraído del mundo del arte hacia un contexto más general, social, económico y político. Muy sucintamente, en ella se dice que el deseo programático de lo nuevo tenderá a la aniquilación del futuro dado que su verdadera razón de ser es la de tomar el presente, instalarse en él y absolutizarse. De ese modo se verá anulada cualquier otra posibilidad de asalto. Aparte de lo apriorístico y ciertamente conservador de la teoría, al menos en el ámbito del arte, quisiera llamar la atención sobre el hecho de que es una idea que muchos compartimos sin saberlo. A veces he tenido la impresión al hablar con gente, y me incluyo, de que esta especie de reacción ante lo nuevo la hacemos nuestra con tanta facilidad como adoptamos el planteamiento opuesto. Y tal vez sería bueno que viéramos las cosas de un modo más detenido, sin tanta urgencia por situarnos, sin la angustia de tener que responder.

Y, puesto que hablamos de novedad, quiero decir que muchas veces tiende a pensarse en la improvisación libre como un reducto resistente de ella. Pues bien, por hablar sólo de alguno de los casos que pude ver en el Festival, he de decir que esto no tiene porque

ser así. Una buena prueba la tendríamos con la actuación de Marc Egea y Horacio Curtí. La zanfona del primero y el shakuhachi del segundo colmaron el espacio de unas sonoridades que resultaban familiares, debido a la peculiaridad de los instrumentos, al tiempo que novedosos, aunque esto no se pretendía ni se ansiaba ya que era producido a mi juicio por la falta de hábito de escucharlos. Por su parte, lo de Ankersmit fue un verdadero zarandeo. Armado con un viejo EMS A, convenientemente procesado por un Power-Book, el holandés se lanzó a un crescendo de sonidos electrónicos analógicos cada vez más tupidos que iban tramando el aire. En la última parte, ya al saxo alto, brindó una sensacional despedida a base de notas repetidas mediante respiración circular, entre la agresividad de Ayler y la fuerza hipnótica de LaMonte Young. Aquí no había otra pretensión que la de crear media hora larga de intensidad sin más, y si para ello había que echar mano de décadas pasadas, pues adelante. ¿No consiste en eso el arte?

Quiero acabar mencionando el trabajo de Christopher Williams, que desde hace unos años trata de animar la escena de Barcelona montando conciertos de música improvisada por los que ha pasado gente muy diversa (poco antes de morir, Derek Bailey estuvo en uno de ellos). Gracias.

JAZZ SESSION

UN ESPACIO DONDE EL CÍRCULO SE CIERRA
ALREDEDOR DE LA MÚSICA DEL SIGLO XX (Y XXI)
DIRIGIDO Y PRESENTADO POR
ALEJANDRO CIFUENTES Y FERNANDO BEZOS

EN EL 100.4 F.M.

LOS JUEVES DE 20:00 A 22:00 H.

CIRCULOJAZZ@HOTMAIL.COM

AHORA TAMBIÉN EN INTERNET: WWW.CIRCULOBELLASARTES.COM



abriendo el círculo